

Alonso Hernández del Portillo: un historiador gibraltareño a caballo entre los siglos XVI y XVII

Antonio Torremocha Silva / IECG

RESUMEN

Alonso Hernández del Portillo, jurado del cabildo gibraltareño y primer historiador de Gibraltar, nació en torno al año 1545. Su obra abarca desde los orígenes mitológicos de la ciudad hasta el año 1622. Los hechos que relata acontecidos en la segunda mitad del siglo XVI y primeras décadas del XVII, son de una notable importancia documental, pues fue testigo presencial de lo narrado. Su obra, desde el punto de vista literario, está profundamente influenciada por la sintaxis y la semántica latinas, lengua de la que es un claro defensor frente a la lengua castellana que considera provinciana, aunque adolece de determinados arcaísmos que muestran a un autor que está a caballo entre el medievo que acaba y el humanismo que surge vencedor.

Palabras clave: Alonso Hernández del Portillo, Gibraltar, siglos XVI-XVII.

ABSTRACT

Alonso Hernández del Portillo, a member of the Gibraltar Council and the first historian of Gibraltar, was born around 1545. His work encompasses the mythological origins of the city up to the year 1622. The events that he relates that occurred in the second half of the XVI century and the first decades of the XVII are of considerable documentary importance, since he was an eyewitness to what was narrated. His work, from the literary point of view, is deeply influenced by Latin syntax and semantics, a language of which he is a clear defender vis-à-vis the Castilian language which he considers to be provincial, although he displays certain archaisms that show an author who is halfway between the medieval period that is coming to an end and the humanism that is emerging as the winner.

Keywords: Alonso Hernández del Portillo, Gibraltar, XVI-XVII centuries.

1. GIBRALTAR EN LOS TIEMPOS EN QUE VIVIÓ ALONSO HERNÁNDEZ DEL PORTILLO

En los albores del siglo XVII la ciudad-fortaleza de Gibraltar estaba constituida por los siguientes barrios que se habían ido formando sucesivamente a lo largo de los siglos desde la fundación de la primera medina por el califa almohade Abd al-Mumin en el año 1160:

► **La Villa Vieja** que, como su nombre indica, era el núcleo poblacional más antiguo. Se hallaba situada sobre la ladera del monte, a los pies de la alcazaba almohade y de la llamada Torre de la Calahorra meriní. Constituía la parte más septentrional y elevada de la ciudad. En el siglo XVII estaba circundada por una muralla destruida en parte en su flanco marítimo que era el que daba al barrio de La Barcina.

► **La Barcina** o antiguo arrabal de la Villa Vieja. Se extendía desde la fachada occidental del primer núcleo urbano hasta la orilla del mar donde se localizaban las atarazanas. En el siglo XVII estaba también defendido por un recinto murado en el que se abrían tres puertas: una hacia el istmo (conocida como Puerta de Tierra), la otra hacia la playa y el puerto (llamada Puerta del Mar) y la tercera, conocida como de La Barcina, que se abría hacia el barrio meridional de La Turba. En el ángulo noroeste de este barrio se localizaban el puerto comercial y las atarazanas.

► **La Turba**, barrio que se había formado a lo largo de los siglos XIV y XV sobre la ladera del monte, entre Los Tarfes y el litoral, a continuación, en dirección sur, de los dos barrios antes citados. Era el enclave más

extenso y populoso en el que se concentraba la mayor parte del vecindario constituido por el pueblo llano, albergando, a principios del siglo XVII, aproximadamente las tres cuartas partes de la población total de la ciudad. Una muralla de época meriní la defendía en su flanco marítimo.

La morfología urbana de Gibraltar en el siglo XVII era muy similar a la que presenta la ciudad de la actualidad. Las manzanas de viviendas y las casas se sucedían desde la Puerta de Tierra hasta la zona meridional de La Turba en torno a una calle principal que cruzaba la población de norte a sur y que coincidía, en su trazado, con la actual Calle Real o *Main Street*. A esta arteria principal venía a desembocar perpendicularmente una serie de calles secundarias más estrechas, formadas por la sucesión de numerosas manzanas de casas de una, dos o tres plantas y tejados a dos tres o cuatro aguas. En la parte oriental de dicha calle las casas se agrupaban escalonadamente para adaptarse a la pendiente.

En los años en que Alonso Hernández del Portillo fue jurado del concejo gibraltareño la actividad económica de la ciudad se desarrollaba alrededor de la agricultura, la ganadería, la pesca, la explotación forestal y el comercio marítimo.

En lo que se refiere a la agricultura —pilar básico de la economía preindustrial— era el cultivo de especies panificables el más extendido en el término, aunque el rendimiento fuera muy escaso y el volumen de su producción insuficiente para poder abastecer a la población residente en Gibraltar.

Los bajos rendimientos de las tierras dedicadas a cereales —los húmedos vientos de levante perjudicaban la maduración del grano— ocasionaban un déficit crónico de trigo y otras semillas panificables que el concejo de la ciudad intentaba subsanar, bien importando trigo desde Málaga o Tarifa, bien obligando, mediante la promulgación de ordenanzas municipales sobre el asunto, a los arrieros y bergantines que llegaban a Gibraltar para sacar cargas de pescado, a traer en el viaje de venida trigo o cebada (Torremocha y Humanes, 1989: 220).

Por el contrario, la vid si era un cultivo que encontraba en el término condiciones favorables para su desarrollo.

A mediados del siglo XVI figuraba como una de las principales fuentes de recursos de la ciudad, dedicándose a su siembra y cuidado buena parte del vecindario. De la abundante producción de vino de Gibraltar en el siglo XVI nos da una idea el hecho de que los turcos, después de saquear la ciudad en 1540, se dirigieron a la Casa del Diezmo, que estaba en Puente Mayorga, en la que desfondaron doscientas botas de vino, derramándose más de seis mil arrobas.

Los viñedos se encontraban situados en las colinas que existen entre el istmo arenoso y la falda de sierra Carbonera, y en los cerros localizados cerca de la costa que se extienden, en la actualidad, entre la ciudad de Algeciras y la Punta del Carnero.

Nuestro autor se refiere a esta actividad agrícola diciendo que “hay en esta ciudad muy larga y copiosa cosecha de vinos y muy excelentes, que se cargan en ella por la mar para Flandes, Inglaterra y Francia y para otras muchas partes de España” (Torremocha, 1994: 46).

Las tierras dedicadas a regadío se encontraban situadas en las márgenes de los ríos Palmones, Guadarranque, Guadalquítón y Guadiaro. En las huertas, propiedad de gibraltareños, que se hallaban dispersas en las vegas de estos ríos, se cultivaban naranjos, limoneros, granados, higueras, membrillos, etc., así como gran variedad de hortalizas que servían para abastecer a la ciudad e incluso para dedicar parte de la producción a la exportación. Caña de azúcar se cultivaba, en el siglo XVI, en la vega del río de la Miel y en el siglo XVII en las riberas del río Guadarranque. La abundancia de aceite obtenido del pescado y su bajo precio había provocado un escaso interés por el cultivo del olivo, a pesar del gran número de acebuches que crecía en el término y que, injertados, podían haber producido suficiente cantidad de aceite vegetal como para abastecer a una población muy superior a la residente en Gibraltar en la Edad Moderna.

Los recursos forestales —cerca de la mitad del término estaba cubierto de exuberantes bosques— fueron explotados de manera abusiva en los siglos XVI y XVII, ocasionando la desaparición de enormes masas arbóreas en los actuales términos de La Línea, San Roque, Algeciras y Los Barrios.

Además de la madera utilizada para la obtención de leña y carbón vegetal, se efectuaban talas masivas de árboles para abastecer de tablazonos y troncos los arsenales de la Armada en Gibraltar y Cádiz. Según testimonio de Portillo, en su tiempo aún estaba cubierta de arbolado la hoy yerma sierra Carbonera.

La cría de ganado fue en los siglos XVI y XVII, como ahora, una actividad muy lucrativa que se adaptaba perfectamente a las condiciones edafológicas y climáticas del término. Las abundantes dehesas, los pastizales casi permanentes todo el año y los numerosos cursos de agua que recorrían el territorio, hicieron que proliferara toda clase de ganado, especialmente el vacuno. Las reses criadas en el término de Gibraltar se enviaban a las carnicerías de Sevilla, Granada y Córdoba, según refiere el propio Portillo.

Sin embargo, era la pesca el más importante recurso económico del que disponían los gibraltareños del siglo XVII.

Esta ciudad es —escribe nuestro autor— “sobre toda manera abundantísima de pescado... Es tanto el pescado que aquí se toma y tan vario y de tan diferentes especies y tan bueno, que es para dar gracias a Dios con admiración. De aquí se provee mucha tierra de Andalucía... más otra grandísima cantidad que se lleva por mar a Sevilla, Málaga, Almería y Cartagena, llegando hasta Denia y Valencia” (Torremocha, 1994: 46).

La mayor parte de las capturas se hacían en el seno de la bahía, abundando los boquerones, sardinas, besugos, chernas, meros, caballas, atunes, bonitos y morenas.

Entre las actividades del sector secundario, hay que destacar las que desarrollaban alrededor de la explotación forestal, como la construcción naval en los arsenales de la Armada en la desembocadura del río Guadalquivir, la fabricación y distribución del carbón vegetal y la tonelería vinculada a la producción vinícola. Además, existían tenerías donde se curtían pieles, molinos harineros hidráulicos junto a los cursos de los ríos y factorías para la conserva de pescado.

Como complemento a todas estas actividades productivas, se desarrollaba un activo e intenso intercambio de mercancías. A lomos de mulas salían de Gibraltar salazón y aceite de pescado,

vino y carbón, entrando por ese mismo medio de transporte cera, trigo y sal. Sin embargo, era por vía marítima por donde se realizaba la mayor parte del comercio. Desde el puerto gibraltareño se exportaba —en embarcaciones nacionales o extranjeras— vino, pescado, ganado, madera, carbón, frutas y lino, siendo los principales puertos españoles de destino Cádiz, Málaga, Sevilla, Bilbao, Ceuta y Valencia, y los extranjeros de Inglaterra, Francia, Italia y Berbería. Los bergantines flamencos o bretones abastecían a la población de trigo, paños de Flandes, aceite vegetal, esparto y sal.

2. EL PERSONAJE

Alonso Hernández del Portillo nació en Gibraltar en torno al año 1543, pues él mismo refiere en su obra que todavía era un niño en el año 1553.

Se puede considerar el primer historiador campogibraltareño.

Un hidalgo erudito bien informado y documentado que redacta una historia de su ciudad con rasgos estilísticos que se enmarcan dentro de la nueva literatura renacentista, es decir “moderna” en la terminología de la época, aunque con importantes débitos de la historia acrítica, de carácter legendario y profundamente imbuida por el ideal católico, de tradición medieval.

A pesar de vivir en una sociedad inmersa plenamente en las corrientes humanistas, Portillo —nacido y crecido en una apartada ciudad-fortaleza situada en la “nueva frontera” con el Islam como era el Estrecho— no podía evitar las influencias de unas estructuras militares, políticas y administrativas enfocadas hacia la guerra y a la defensa muy similares a las vividas en Andalucía durante siglos hasta el año 1492.

Una sociedad cerrada, a la defensiva, militarizada y sometida a las frecuentes algaradas berberiscas procedentes de la otra orilla, iba a dejar su profunda huella, su sello indeleble, en la obra histórica de quien era jurado del concejo gibraltareño.

Su juventud debió pasarla en Gibraltar, aunque es seguro que, posteriormente, viajaría a Granada o Sevilla, tal vez para realizar algún tipo de estudio o consultar algunas bibliotecas, ciudades en las que tuvo acceso a las fuentes clásicas y a las obras de autores contemporáneos no disponibles

en una ciudad tan apartada como era Gibraltar. No cabe duda de que aquellas investigaciones le sirvieron de base para la redacción de su *Historia de Gibraltar*, al menos en los capítulos dedicados a la Antigüedad y el Medioevo.

Como he referido, ostentaba el cargo de jurado de la “collación” de la Barcina y la Villa Vieja, que abarcaba desde la Puerta de Tierra hasta el Baluarte de San Sebastián, incluyendo la Puerta del Mar, uno de los barrios más poblados, ricos y prestigiosos de la ciudad. Unas de las funciones más destacadas de los jurados eran dirigir a los hombres encargados de defender el tramo de muralla que se hallaba dentro de su jurisdicción y, también, asumir la defensa de los intereses de los vecinos ante el corregidor o el gobernador. Ejerció el cargo de jurado —que se proveía mediante elección popular— durante veinticinco años, desde 1597 hasta 1622.

Como vecino y miembro destacado del concejo gibraltareño fue testigo privilegiado de todos los acontecimientos que sucedieron en la ciudad y su entorno en la segunda mitad del siglo XVI y primeras dos décadas del XVII, teniendo acceso —para lo sucedido en los ochenta años anteriores, desde la conquista a los musulmanes en 1462 hasta la fecha de su nacimiento— a la abundante documentación que se guardaba en el archivo municipal y que él recoge, en parte, en algunos de los capítulos de su obra histórica.

En uno de los pasajes de su “Historia de Gibraltar”, refiere que “solo cuento lo que he visto escrito y oído a personas que vieron el suceso” (Torremocha, 1994: 124).

Debió morir entre los años 1624 y 1625, cuando rondaba los ochenta años de edad.

Es muy probable que la obra fuera escrita entre 1605 y 1610, con una revisión —a base de notas marginales y reformas del texto— realizada por el propio Portillo poco antes de su muerte y otras anotaciones efectuadas entre 1624 y 1626 por algún familiar del autor o un miembro del concejo gibraltareño, institución a la que hace depositaria de su manuscrito.

A través del prólogo que él mismo escribe de su obra, se colige que el autor es una persona generosa y humilde, a veces en exceso, cualidad que aflora en numerosas ocasiones, tanto en el citado prólogo como en el resto de su relato

histórico. En no pocas ocasiones reconoce sus escasos conocimientos sobre determinado asunto o la necesidad de que plumas mejores que la suya sean las que narren tal o cual suceso.

Aunque fuertemente influenciado por la mentalidad medieval —de la que no era fácil despojarse viviendo tan alejado de los focos de saber humanista y en una ciudad cuya existencia seguía estando vinculada a la guerra de frontera con el Islam y a una actitud defensiva similar a la que habían vivido los pueblos y ciudades fronterizas de Andalucía durante los siglos XIV y XV— la lectura de su obra nos muestra a un hombre abierto a las nuevas ideas que aportan el Renacimiento y el Humanismo, profundamente crítico, que sabe discriminar, entre la confusa jungla erudita de fábulas y mitos de los que hacen gala sin mucho pudor los historiadores humanistas españoles como Alcocer, Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales o Benito Arias Montano, entre otros, aquello que, según su criterio, responde o se aproxima a la verdad y la lógica histórica y aquello otro que no resiste el más mínimo análisis a la luz de su incipiente racionalismo.

A pesar de ello, su apego a lo clásico —cualidad inherente a su condición de hombre del Renacimiento— y la poderosa atracción que sobre él ejercen los autores griegos y romanos, le llevan a buscar la raíz histórica de buen número de los acontecimientos sucedidos en el solar gibraltareño en la antigüedad clásica, dando por válidas, la mayor parte de las veces a su pesar —¡El poder de la *auctoritas!*—, toda una serie de fábulas, mitos y leyendas cuya única garantía de verdad es el prestigio intelectual y la posición científica de quienes las describen.

Es, nuestro autor, un hombre cuyo espíritu se debate entre lo medieval que se resiste a morir y la nueva mentalidad humanista que se abre camino, con dificultad —pero inexorablemente vencedora— entre la maraña de escolasticismo, la fe ciega en el principio de autoridad y la concepción de una pseudohistoria acrítica, fuertemente iluminada por la religión, el didactismo moral, la fe ciega en el mensaje bíblico y basada en elementos mitológicos y legendarios.

La faceta medieval de la mentalidad de Portillo la encontramos en su concepción “militar” de

los más diversos aspectos de la vida diaria, en su espíritu caballeresco —él es un hidalgo—, en su desprecio a ciertos avances de la técnica que estaban haciendo cambiar formas de vida y viejas costumbres específicamente medievales. Sobre este particular, escribe Portillo —refiriéndose al empleo de las armas de fuego— que “cualquier vil hombre con un arcabuz mata al más valeroso de los caballeros contrarios...” (Torremocha, 1994: 142). También vemos la influencia del Medievo en las continuas enseñanzas morales que entresaca de los diversos hechos que narra y en la visión providencialista de los acontecimientos históricos.

La faceta humanista, por contra, se halla reflejada en la profunda admiración que muestra por los autores clásicos y renacentistas; en la diversidad de sus conocimientos —herbología, astrología, historia, economía, mitología clásica, etc.— que nos hace vislumbrar en él a un auténtico erudito humanista; en su espíritu crítico; en su aprecio por las obras de arte romanas y griegas y el escaso valor que otorga a las realizadas durante la etapa medieval; en su estima por la lengua latina que, en varias ocasiones, valora muy por encima del castellano; en las continuas referencias que hace a la mitología griega y romana —Hércules Líbico y Griego, Neptuno, Marte, etc.— y, en fin, en su búsqueda de la perfección moral y de las más altas virtudes militares, sociales y políticas en ejemplos sacados de la vida y la obra de personajes griegos y romanos como Alejandro Magno, César o Pompeyo.

Portillo da muestras de ser un buen conocedor de la astrología.

Cree firmemente en la influencia que ejercen los astros sobre la vida de los hombres y sobre el devenir de las ciudades, y asegura que todos los males que había sufrido Gibraltar a lo largo de la historia, le acaecieron estando el sol bajo los signos de Libra o Virgo, ascendientes planetarios de la ciudad y de los que recibía, cuando se daban determinadas conjunciones de los astros, las más perniciosas y negativas influencias.

Tenía, igualmente, notables conocimientos de herbología y ciencias naturales, especialmente en lo referente a las plantas medicinales que crecían en el monte de Gibraltar y en el resto de su término, de las que ofrece una detallada relación comentada en el Capítulo I de su obra, relación

que un siglo y medio más tarde, otro historiador de Gibraltar, Ignacio López de Ayala, utilizó con fruición en la historia que escribió de esta ciudad.

Se muestra, en algunos pasajes de su obra, muy crítico con la nobleza española de su época y de épocas pretéritas, acusándola de buscar solo “sus particulares intereses”. Igualmente vierte críticas muy severas contra los hombres públicos —él era, como se ha dicho, jurado de su ciudad— “que se dejan arrastrar por la poca prudencia y la mucha codicia..., vicio abominable en cualquier acto humano” (Torremocha, 1994: 27). Sin embargo, no puede evitar que aflore una clara inclinación, o al menos una excesiva tolerancia, hacia el duque de Medina Sidonia, antiguo señor de Gibraltar, valorando en varios pasajes de su historia con extrema bondad sus actos de rebeldía contra los reyes y el concejo gibraltareño, la mayor parte de ellos reprobables desde el punto de vista del derecho y la moral de la época.

3. FUENTES CLÁSICAS Y MEDIEVALES UTILIZADAS POR EL AUTOR

De las múltiples fuentes grecolatinas consultadas por Alonso Hernández del Portillo para la elaboración de su magnífica y detallada “Historia de Gibraltar”, algunas lo fueron directamente, a través de transcripciones latinas que circulaban en las universidades y bibliotecas españolas y en los foros eruditos de la época, otras llegaron a ser conocidas por Portillo gracias a las citas que de ellas hicieron humanistas españoles e italianos, bien en sus lenguas vernáculas, bien en obras escritas en latín.

Las fuentes clásicas utilizadas por nuestro autor fueron las siguientes: la *Historia Natural* de Plinio, la *Chorographía* de Pomponio Mela, la *Geografía* de Estrabón, la *Cosmografía* de Apiano, las *Geórgicas* de Virgilio, las obras de Pompeyo y César, así como el *Bellum Hispaniense* de Hircio, lugarteniente de Julio César, y, también, los trabajos de Diodoro, Ecateo, Tolomeo y Justino, sin olvidar las referencias que hace a Aristóteles y Dioscórides y a algunos libros de la Biblia. Las fuentes medievales se reducen a las Crónicas de Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV, Alfonso XI y Enrique IV, la Crónica de Don Rodrigo Ximénez de Rada y algunos viejos romances fronterizos.

4. OBRAS DE AUTORES ESPAÑOLES, ITALIANOS Y FLAMENCOS CONSULTADAS

Las obras escritas por humanistas españoles e itálicos, publicadas en los siglos XV y XVI, que Portillo utiliza para los capítulos dedicados a los tiempos que le son contemporáneos y que él menciona de manera explícita, son las que siguen:

- ▶ *Relación de las cosas que pasaron en estos reinos desde la muerte de la Reina Católica hasta que se acabaron las Comunidades en la ciudad de Toledo* de Pedro Alcocer.
- ▶ *Crónica General de España* de Florián de Ocampo y su continuación por Ambrosio de Morales.
- ▶ *Theatrum Orbis Terrarum y Vocabulario Geográfico* de Abraham Oertel u Ortelio.
- ▶ *África* de Luis de Mármol Carvajal.
- ▶ *Historia Escolástica* de Valerio.
- ▶ *Tratado de los Emblemas* de Andrea Alciato.
- ▶ *El Enchiridión* de Fray Alonso Venero.
- ▶ *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena.
- ▶ *Compendio del asalto que los turcos hicieron a Gibraltar y la victoria que de ellos se ovo* de Pedro Barrantes Maldonado.
- ▶ *Historia Pontifical y Católica* de Gonzalo de Illescas.
- ▶ *Ilustración de los Girones* del Doctor Gudiel.
- ▶ *Nombres caldeos, hebreos, griegos y latinos de los varones, hembras, razas, ídolos, ciudades, ríos, montes, etc... citados en la Biblia* de Benito Arias Montano.
- ▶ *De origine ac rebus Gestis Regum Hispaniae liber* de Francisco Tarafa.
- ▶ *Compendio Historial* de Esteban Garibay.

Además de las obras, cuyos títulos no cita nuestro autor, de Mathiolo, Agustín Corio, Borofio Matheo, Juan Botero y Argote de Molina.

5. ESTILO DE LA OBRA DE PORTILLO Y SU REFLEJO EN LA EDICIÓN DE 1994

Portillo estructura su obra en siete partes más un prólogo.

Él denomina a cada una de estas partes “libro”, porque debió redactarlas en diferentes cuadernos.

En la transcripción que se ha hecho del contenido del libro, se ha procurado conservar —hasta donde ha sido posible— el estilo del que

hace gala el autor con el fin de que la edición no perdiera la frescura, la espontaneidad y el carácter que dan a lo escrito la frase larga, tan propia del estilo cervantino, las cuidadas exageraciones y la suave y fina ironía que son los rasgos más destacados de la personalidad y el quehacer literario de Portillo.

Sin embargo, me permití, cuando procedí a la transcripción del original, la libertad de modificar determinados pasajes que, por su excesivo apego a la sintaxis latina —tan del gusto de nuestro autor—, su enrevesado y abundante uso de cópulas o su dificultad de comprensión para el lector actual —probablemente por defecto o error del copista neoclásico que redactó el texto conservado y no de nuestro historiador— hubieran dificultado el seguimiento fluido de la narración.

En cuanto al estilo literario de Portillo, es necesario destacar una serie de peculiaridades que le vienen dadas a la obra por influencia de la lengua latina. En ocasiones una frase larga, formada por varias oraciones compuestas, depende de un único verbo situado al final de la misma, lo que dificulta notablemente su lectura y la comprensión de la idea que la genera.

La abundancia de hipébaton; la sucesión de oraciones compuestas copulativas, adversativas o yuxtapuestas, así como de las adverbiales y de relativo; el uso frecuente de aposiciones; el empleo de oraciones de infinitivo, del gerundio y del participio compuesto, etc., originan un estilo literario que se adapta a las estructuras gramaticales que configuran la esencia de la lengua latina. Ya se ha hecho referencia a la preeminencia que Portillo otorga a la lengua de la antigua Roma con respecto a la lengua castellana, a la que considera provinciana y escasamente erudita. Todo ello desemboca, a través de la pluma ágil de Portillo, en una literatura florida y bella en la forma, aunque de difícil comprensión conceptual.

El empleo de arcaísmos como el alegría, la Andalucía o señorear y de latinismos como potísima o facundia revelan que también en el léxico utilizado por nuestro historiador se aprecia la ya mencionada síntesis de estilos, el cruce fecundo del viejo mundo medieval con el nuevo ámbito de modernidad que aportan las corrientes

humanistas. La concepción de la Historia como una realidad —aún subjetiva y, hasta cierto punto moldeable y adaptable a intereses de estatus, clase o ideologías— que responde a determinados esquemas políticos, religiosos o morales, es otra de las características estilísticas y de los débitos de su obra.

Los acontecimientos históricos deben servir —según la filosofía que impregnan los diferentes capítulos de la historia de Portillo— para obtener de ellos enseñanzas morales, para reforzar la fe cristiana, el respeto a la monarquía o para reafirmar la división estamental de la sociedad.

Los que actúan fuera de los cauces de la moral establecida —el alcaide traidor Vasco Pérez de Meyra— reciben el justo castigo; los que obran de acuerdo con la moral cristiana y el respeto a las normas sociales y políticas, llegando, si fuera necesario, a morir por ellas —como Juan de Sanabria— reciben el merecido premio.

No cabe duda de que los capítulos de narración más fluida y rica y de mayor fuerza descriptiva, son los que se corresponden con el período que se extiende entre los años 1540 y 1610, que coincide en buena parte con los años de vida de Portillo. En la mayor parte de ellos el primer historiador de Gibraltar fue testigo directo de lo acontecido y por tal motivo gozan de gran fluidez y veracidad.

Igualmente son de gran interés los datos que aporta sobre aspectos económicos, sociales, religiosos, demográficos, urbanísticos, eclesiásticos o políticos. En una época en la que la historia se centraba, casi en exclusiva, en cuestiones militares y políticas, Portillo se nos presenta como un adelantado en lo que, siglos más tarde, se denominaría la “historia total” en palabras del historiador francés Marc Bloch.

En el prólogo que introduce al principio de su obra, Alonso Hernández del Portillo nos da una curiosa definición de lo que, para él, es la Historia. Dice al respecto:

Ha de presuponerse que la Historia consta de dos partes que son verdad y tiempo, como el compuesto del hombre de alma y cuerpo, que faltando uno de estos, ya no es hombre. Pues en ésta yo afirmo que he procurado decir verdad cuanto a mí ha sido posible; y si en algo fue falta, será sin culpa mía, por haberlo así leído, oído o de otros sabido (Torremocha, 1994: 34).

Son de enorme interés las descripciones que hace de edificios religiosos hoy día desaparecidos y de fortificaciones que actualmente, o se han arruinado o se hallan ocultas por ampliaciones o reformas posteriores.

Todo lo expuesto nos permite acceder a un trabajo histórico que, a pesar de su localismo y sus débitos arcaizantes, abarca temas que van más allá de la simple historia local: los datos sobre botánica y medicina natural, las incursiones por la mitología clásica y la astrología, las aportaciones en economía y la defensa estática y dinámica de la ciudad, las descripciones de fortificaciones y el ser el primer manual escrito sobre la historia de tan relevante y estratégico enclave urbano, conforman una obra de consulta obligada para todo aquel que desee acercarse al pasado de Gibraltar, sobre todo a lo acontecido en los siglos XVI y XVII.

Pero, al mismo tiempo, nos acerca al pensamiento y a la vida de un hidalgo andaluz residente en una población alejada de los centros de poder, en el seno de una sociedad militarizada y convulsa sometida a fuertes tensiones que se reflejan en la mentalidad del autor y en su obra. ■

6. BIBLIOGRAFÍA

- Barrantes Maldonado, P. (1566). *Compendio del asalto que los turcos hicieron en Gibraltar y la victoria que de ellos se ovo. Año 1540*. Alcalá de Henares.
- Calderón Quijano, J. A. (1968). *Las fortificaciones de Gibraltar en 1627*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Cano Gardoqui, J. L. y Bethencourt Massieu, A. (1966). “Incorporación de Gibraltar a la Corona de Castilla (1436-1508)”. *Hispania* XXVI. Madrid: Instituto Jerónimo Zurita, pp. 325-381.
- Lamelas, D. (1976). *La compra de Gibraltar por los conversos andaluces (1474-1476)*. Madrid.
- López de Ayala, I. (1982). *Historia de Gibraltar*. Edición facsímil (1782). Jerez de la Frontera: Caja de Ahorros de Jerez.
- Marcos Gadeo, A. y Moreno Blanes, E. (1983). *Un protocolo notarial de Gibraltar (1567-1650)*. Cádiz: Diputación Provincial de Cádiz.
- Saéz Rodríguez, A. J. (2006). *La Montaña Inexpugnable. Seis siglos de fortificaciones en Gibraltar (XII-XVIII)*. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños.

- Sáez Rodríguez, A. J. y Torremocha Silva, A. (2001). “Gibraltar almohade y meriní (siglos XII-XIV)”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (25). Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 181-210.
- Torremocha Silva, A. (2012). *Descripción de la muy noble y más antigua ciudad de Gibraltar, de Fernando Pérez Pericón (1636). Estudio, transcripción y notas*. Algeciras: Instituto Cervantes de Gibraltar.
- Torremocha Silva, A. (1994). *Historia de Gibraltar de Alonso Hernández del Portillo. Estudio, transcripción y notas*. 2ª Edición, Algeciras.
- Torremocha Silva, A. y Humanes Jiménez, F. (1989). *Historia Económica del Campo de Gibraltar*. Jerez de la Frontera: Cámara de Comercio, Industria y Navegación del Campo de Gibraltar.

Antonio Torremocha Silva

Doctor en Historia (UNED)

Cómo citar este artículo:

Antonio Torremocha Silva (2020). “Alonso Hernández del Portillo: un historiador gibraltareño a caballo entre los siglos XVI y XVII”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (52), marzo 2020. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 179-186